

**A PIE
DE CALLE**CATALINA
Gayà

DANNY CAMINAL



► Un grupo de turistas cruza la plaza de Lesseps junto a las vallas de las obras paralizadas de la L-9, ayer.

De la estación al parque Güell

El viernes, a las 18.00 horas, en el andén del metro de la parada de Lesseps solo había turistas. Todos hablaban del parque Güell. El sábado, a las 14.00 horas, lo mismo: andén a rebosar de franceses, rusos, alemanes y algún catalán. Se notaba la procedencia de los ahí congregados porque, en este paso de la primavera fría a la primavera caliente, los primeros optaban por el verano en cuestión de vestimenta. Ayer por la mañana regresé a la plaza de Lesseps cuando ya la primavera era casi verano para todos. Los turistas acuden a esa estación de metro siguiendo las indicaciones de la web oficial del parque y yo quería ver si esa plaza de usos tan diversos –y tan polémica– había incorporado el turismo.

Ayer los turistas salían del metro y se topaban con dos senyeres colgando de dos balcones de la Casa Ramos y con un cartel en forma de flecha que indicaba el camino al parque. En dirección opuesta, Gran de Gràcia y el Espai Jove Gràcia.

Los turistas que se dirigían al parque Güell ignoraban la plaza. Caminaban entre el césped y las vallas de las obras de la futura estación de la línea 9 del metro y no se salían del camino. Simplemente no veían la

plaza: iban en fila india siguiendo el rastro del protector solar. A los lados, la plaza de Lesseps vivía un domingo por la mañana de sol. Unos jubilados jugaban a la petanca detrás del auditorio con gradas al aire libre, donde unas jóvenes leían ajenas a Barcelona.

En el aerobús, el Fòrum se presenta como la huella posmoderna de Barcelona. La plaza de Lesseps es de película futurista. Cada persona tiene un rincón que es, a su vez, una

Los turistas pasan por Lesseps en dirección al parque Güell ignorando la plaza

burbuja. De hecho, los propios turistas enfilaron el camino hacia el parque en su burbuja, ajenos a que estaban pisando un territorio que homenajea a **Ferdinand de Lesseps** y que ese territorio es una plaza.

Al norte, en los alrededores de la iglesia de los Josepets y de la Biblioteca Jaume Fuster –llena ayer de estudiantes, opositores, lectores de periódicos– vivía el barrio. Una familia jugaba con peonzas cerca del parque

infantil. El padre disfrutaba tanto como los niños. Un hombre que se lo miraba de lejos se acercaba. Hablaba con un acento de castellano aprendido en la calle. Los padres dejaban que el hombre explicara su técnica y a la hija le funcionaba. El hombre sonreía durante un rato.

Un estudiante aprendía a liar un cigarro tras unos rosales salvajes, preciosos. Una abuela que vigilaba el sueño de un bebé se lo miraba de reojo y un niño preguntaba a su hermana cómo había conocido a su amiga. «Patinando, por aquí», decía ella y empezaban a jugar los tres.

Es curioso cómo esas vallas del metro, que son la pesadilla de los vecinos desde hace años, se convierten también en los muros involuntarios de los dos universos de las dos Barcelonas, la que viven los vecinos y la de los que están de visita.

En la salida del metro, colgando de las vallas, había ayer una pancarta que reivindicaba: «*Lesseps fora tanques*», e informaba de una asamblea que tuvo lugar el 16 de mayo.

Dos turistas franceses que el sábado vieron la despedida de **Abidal** en el Camp Nou tenían claro que la señalización hacia el parque Güell era perfecta. De flecha, en flecha, y en 10 o 15 minutos, en el parque. ¿Habían visto la plaza? «¿Qué plaza?», respondían. En la estación, por cierto, hay una máquina expendedora de tamaño gigante. Se anuncia como un supermercado «súper rápido». Esa sí es la huella del turismo. Está bajo tierra. En la plaza no hay souvenires. ■



cgaya@elperiodico.com